

«Mi muy querido P. Buldú.

Hé aquí nuevas tradiciones referentes á Colon, las cuales será muy útil y edificante que Vuesa Reverencia publique en su *Revista franciscana*.

En Santa María de la Rábida (dicen los pescadores que *ab immemorabili* viven en sus alrededores, en Palos y en Moguer, que fueron como el teatro principal de su expedición para la prodigiosa descubierta de un nuevo mundo), se conserva tan viva la memoria del grande Héroe cristiano, que hombres y mujeres, viejos y jóvenes hablan de ella como de una historia de familia, y con tan afectuoso entusiasmo, que en ninguna otra parte he hallado semejante. Se complacen sobre todo en referir como el día que en el puerto de Palos se hizo á la vela para su inmortal empresa, comulgó juntamente con su mujer Beatriz Enriquez, y recibió la bendición de nuestro P. Juan de Marchena ante la imágen de la santísima Virgen de la sobredicha iglesia; imágen que continúa recibiendo los afectuosos homenajes de la pública veneración; despues de la cual Beatriz regresó á Córdoba. Aquí y en Moguer se conmueve profundamente el corazón cuando se visita la iglesia del convento de Santa Clara, en donde Colon, á la vuelta de su descubrimiento, cumplió uno de los votos hechos en la terrible tempestad que por no pocos días le puso en el más inminente peligro de ser sepultado en los abismos; la tradición muestra el lugar, delante el altar mayor, donde pasó una noche entera orando arrodillado, y sosteniendo una antorcha encendida en la mano. ¡Oh! si esta no es santidad, ¿cuál lo será? A Dios, mi amabilísimo P. Buldú. No me olvide en sus oraciones, y con afectuosos recuerdos á nuestras buenas Hermanas terciarias, queda de Vuesa Reverencia afectísimo cohermano, *Fr. Marcelino de Civezza, M. O.*

Moguer 20 de setiembre de 1877.»

CAPÍTULO V.

LLEGADA DE COLON Á CÓRDOBA.—SUS DESENGAÑOS.—SU AISLAMIENTO.—SU MATRIMONIO.—APOYADO POR EL CLERO OBTIENE UNA AUDIENCIA DE LOS REYES.—COLON ANTE LA JUNTA CIENTÍFICA DE SALAMANCA.—IRRESOLUCION DE LA CORTE.—NUEVAS DILACIONES.—INSTANCIAS INFRUCTUOSAS.—SITIO DE BAZA.—COLON SIRVE EN ÉL EN LAS FILAS SUBALTERNAS.—CONTINUACION DEL PROYECTO EN LA CORTE.—NUEVAS INDECISIONES.—COLON, RESUELTO Á IR Á FRANCIA, PASA POR LA RÁBIDA.—RETIÉNELE ALLÍ EL PADRE JUAN PEREZ É INFLUYE DIRECTAMENTE EN EL ÁNIMO DE LA REINA.

§ I.

Colon llegó lleno de esperanza á Córdoba, provisto de la carta de la que esperaba un resultado tan pronto como eficaz. El superior crédito de que gozaba el Prior del Prado parecía deberle eximir de las ordinarias dilaciones, y permitirle sin retardo el acceso á Sus Altezas (1). Pero ¡ay! la acogida de este personaje disipó muy pronto esta ilusión. Ni le prometió nada el Prior, ni le dió ninguna esperanza, ni siquiera se dignó escucharle. Fernando de Talavera, que debía ser su diligente introductor cerca de los Soberanos, se convirtió en el primer obstáculo para la consecución de su proyecto. Este hombre pareció escogido para ejercitar dolorosamente su paciencia y resignación.

Justamente indignados varios escritores por los obstáculos suscitados al genio en la realización de su empresa, han tratado con severidad al Prior del Prado, por las congojas que hizo sufrir al más noble solicitante del universo. La imparcialidad nos obliga á confesar que su generosa indignación les ha llevado más allá de la justicia.

(1) En aquella época, sólo se daba en España á los reyes el título de *Alteza*. Bajo el reinado de Carlos Quinto se introdujo en la etiqueta el de MAJESTAD.

Fray Fernando de Talavera, de la congregacion de los Jerónimos, Prior de Nuestra Señora del Prado en Valladolid, y confesor de los dos Reyes, no era un talento vulgar, envidioso de la gloria ajena, ó sistemáticamente hostil á toda idea nueva. Versado igualmente en las Letras y la Teología, algunos años ántes habia favorecido francamente el movimiento literario inspirado por Isabel. La sabiduria de sus consejos era igual á su modestia. Su aplicacion al trabajo, sus prudentes combinaciones acababan de aumentar las rentas de la corona en más de treinta millones de maravedís. En medio de los esplendores de la Corte, continuaba viviendo como un verdadero religioso; debajo de una extremada mansedumbre y risueña piedad, ocultaba sus austeridades, lo mismo que su celo ardiente por la gloria del Catolicismo. Libre de toda ambicion personal, edificante por sus hechos como por sus palabras, poseía sin reserva la confianza de los soberanos, y disfrutaba hasta en la Corte de una reputacion de virtud, muy próxima á la santidad (1).

Lo que nosotros sabemos de él, no indica mezquindad de miras. Pero por muy docto y piadoso que fuera el Prior del Prado, no tenia ninguna nocion especial de las Matemáticas, ni de las Ciencias naturales, y no podía ser competente en materia de Cosmografía. Juzgó por las apariencias sin ser fisonomista, y debió engañarse necesariamente.

El aspecto de aquel extranjero, oscuro, pobremente vestido, llegado no se sabia cómo á España, cuyo idioma aprendía en las antesalas; que habia ido á la Corte sin más apoyo que el casual patrocinio de un fraile; confinado él mismo desde mucho tiempo á un monasterio agreste, no le daba una idea muy ventajosa del hombre, y por consiguiente de su proyecto. Creyó que aquel hombre pensador habia engañado al padre Juan Perez de Marchena. Por esto dejaba que su protegido se consumiera en las escaleras, vestibulos y antesalas, para ejercitarle en la paciencia, cansarle y disgustarle finalmente del oficio de solicitante. Haciendo esto, pensaba servirle; y cuando por compasion consentia en recibirle, dejando conocer, debajo de la cortesania de sus formas, su incredulidad por su aire de distraccion, habria desanimado la perseverancia de Colon sin el invisible apoyo que se le habia dado.

Puede juzgarse, por consiguiente, si el Prior del Prado, que se habia propuesto como regla de conducta no cooperar á recomendacion alguna, estaria dispuesto á interesarse con los Reyes á favor de aquel italiano. Habriase creido culpable para con sus Altezas, distrayendo de sus ocupaciones tan urgentes algunos instantes, para que escucharan á un aventurero que iba á ofrecerles reinos, cuando él apenas

(1) «Varon tenido por santo.»—Vasconcelos, *Vida y acciones del rey D. Juan*, lib. I, fól. 46.

tenia un vestido. Colon tuvo pues que sufrir y luchar en vano contra las preveniones de aquél de quien habia esperado que fuera su protector. Durante estas infructuosas tentativas, agotados sus recursos, sintiendo cruelmente los efectos de la miseria, hallábase reducido, para alimentarse, á comenzar otra vez sus copias de manuscritos y sus dibujos de mapas marinos.

Perdido en medio del tumulto en aquella brillante Córdoba, célebre por sus elegantes frivolidades y las exigencias de su lujo, hallábase Colon olvidado, aislado, sin amigos, sin relaciones familiares, entregado al más triste abandono; cuando no obstante su pobreza, quiso consolar su desdicha una noble señorita vecina de la casa donde él habitaba, uniéndosele con indisoluble lazo.

Era de noble linaje. Su alcurnia excedía de mucho á su fortuna, y su hermosura aventajaba á su alcurnia. Llamábase Beatriz. Este nombre que el Dante amó parecía más simpático para un italiano. Doña Beatriz Enriquez pertenecía á la noble casa de los Arana, una de las familias más antiguas de Córdoba, en la que se trasmitia la virtud como por herencia, y que no obstante su ninguna opulencia gozaba de aquella veneracion que nunca obtiene la riqueza sola.

El laconismo de los historiadores, á menudo su silencio y siempre la ausencia de Beatriz Enriquez en las ocasiones solemnes, algunas palabras de Colon en su lecho de muerte, veladas con púdica reticencia y groseramente interpretadas, han producido contra élla una prevencion general. Efectivamente, los historiadores antiguos no hablan más de Beatriz Enriquez despues de haber recordado el matrimonio de Colon, y es que no tenian nada que decir de élla. Su modestia, la naturaleza de sus inclinaciones, de sus costumbres, que la alejaron de la elevada escena donde debia exhibirla su título, su apego á la ciudad natal de la que no se apartó nunca, impiden seguirla en el curso de su vida. Su historia se limita á su matrimonio, como su felicidad á su union. La mujer cristiana disfruta modestamente de la gloria de su esposo; pero no se envanece ostentosamente con ella.

En lo tocante á Beatriz Enriquez, los documentos son breves pero positivos.

Resulta de ellos que era de elevada nobleza y muy hermosa. Su fortuna, desproporcionada á su clase, le aseguraba sin embargo una existencia independiente. Pero como tenia hermanos, es probable que segun la costumbre de la época y del país no habia recibido en dote más que su «legítima.» El matrimonio de Beatriz Enriquez se verificó en Córdoba, hacia fines de noviembre del año 1486. El 29 de agosto siguiente dió á luz á Fernando Colon.

Diriase que esta union estaba providencialmente preparada para fijar á Colon en España, uniéndole con los lazos de la familia á esa tierra heróica convertida en patria adoptiva. Si se considera formalmente en qué circunstancias se realizó aquel matrimonio, sorpréndese en ellas un carácter extraño, escepcional como el destino de Colon; descúbrense en ellas lo inesperado, la grandeza y el padecimiento.

Aquel amor fué poderoso y noble por parte de Cristóbal; tierno y poético por parte de Beatriz.

A pesar de su noble origen, su juventud, su asombrosa hermosura, casábase con un hombre sin fama entonces y de familia desconocida; con un hombre que no poseyendo el idioma, alteraba todavía el español; con un hombre de avanzada edad, pues tenía cuarenta y nueve años; sin virginidad de corazón, pues era viudo y tenía un hijo; sin fortuna, pues no poseía ni tierra, ni renta, ni mobiliario. Seguramente que sus distinguidos ademanes, su nobleza de formas y su conversación pintoresca, si bien incorrecta, revelaban su superioridad; pero su traje era forzosamente humilde y pobre. Sus cabellos canosos, y las arrugas de su frente no ofrecían ya aquellas probabilidades de una larga vida con las que se ilusiona de buena gana la pasión. Por toda esperanza no poseía más que un proyecto, tres veces desechado en los Consejos de los gobiernos. Es indudable que los Arana y los Enriquez serían contrarios á aquella unión que ofendía su orgullo, sus intereses, sus preocupaciones, y hasta su buen juicio; y debía parecerles ménos una sorpresa del corazón que una aberración de la inteligencia. No pudieron dejar de disuadirse á Beatriz, representándole á Colon como á un oscuro extranjero, como á un osado charlatan ó un visionario: élla debió soportar la oposición de sus allegados, de sus amigas, y arrostrar la chismografía y el ridículo, esta arma que ahoga siempre las veleidades y triunfa de las resoluciones vulgares.

Por otra parte, para que una inteligencia tan robusta como la de Colon cediera al atractivo del corazón, debía ser muy irresistible la belleza de doña Beatriz, y sus cualidades morales debían formar con su persona un conjunto maravillosamente armónico. Pero si la admiró por su encanto, á buen seguro que no se enamoró de élla sino por su abnegación, y no la amó sino porque élla le amaba. La gratitud, ese generoso sentimiento que se arraiga en lo más profundo del corazón humano, subyugó la ternura de aquel hombre, á quien nada habría dominado; mientras él meditaba la idea más vasta de la tierra.

No fué un matrimonio de conveniencia, fortuna ó posición, sino una inclinación pura, invencible, más fuerte que la ambición, la experiencia y la desgracia. Este lazo misterioso era la prueba suprema á que estaba destinado Cristóbal Colon. Era necesario que amara con la fuerza de su corazón y que experimentara un fuerte hechizo, para que la circunstancia de abandonar resueltamente la presencia de su amada, y vivir voluntariamente en una larga separación, á fin de realizar su empresa, hiciera más meritorio su sacrificio, más sublime la abnegación de su alma. Sacrificio y abnegación de que nadie habló nunca, que no le ha tenido en cuenta la Historia.

La felicidad que le ofrecía Beatriz, puesta como una tentación en el austero camino que debía recorrer, no pudo encadenar aquella alma totalmente consagrada

á su misión, ni desviarla de su fin inmortal. Mientras Colon estaba todavía en Córdoba, á pesar de los encantos de su unión, no dejó de seguir con perseverancia sus inútiles esfuerzos para que se le escuchara, y llegar hasta á los Reyes. No pudiendo conseguirlo, tomó la pluma, y escribió directamente al rey Fernando en estos términos:

«Serenísimo príncipe,

»Navego desde mi juventud. Cerca de cuarenta años há que surco los mares. He visitado todas sus costas conocidas, y he hablado con gran número de hombres sabios, con eclesiásticos, seglares, latinos, griegos, moros y personas de toda clase de religiones. He adquirido algun conocimiento en la navegación, en la Astronomía y Geometría. Tengo bastante experiencia para dibujar el mapa del mundo, y poner los pueblos, ríos y montañas en los puntos donde se hallan situados. Me he dedicado á los libros de Cosmografía, Historia y Filosofía. Héme decidido ahora á emprender el descubrimiento de las Indias; y acudo á Vuestra Alteza para suplicarle que favorezca mi empresa. No dudo que se burlarán de ello los que lo sepan; pero si Vuestra Alteza me quiere dar los medios para ejecutarlo, espero llevarla á buen éxito por obstáculos que se presenten (1).»

En este estilo grave y conciso, en que cada palabra explica un hecho, se halla impreso el carácter del grande hombre.

Esta carta quedó sin contestación. Como lo había previsto su autor, se burlaron probablemente de ella aquellos á quienes se comunicó; y el rey hizo como ellos. Colon esperó sin desanimarse, insistiendo empero en buscar algun otro medio para hacerse oír. Finalmente, en medio de los disgustos y desengaños soportados en silencio, logró trabar conocimiento con el antiguo Nuncio apostólico, Monseñor Antonio Geraldini. Este prelado, á instancias de la reina, había vuelto á España para completar la educación de la infanta, su hija mayor.

La elevada inteligencia de Antonio Geraldini le disponía para las grandes concepciones. Á la edad de veintidos años había visto ceñida su frente con el laurel de los poetas, entre los aplausos de casi toda Italia. Según Apostolo Zenó, había compuesto entre otras poesías notables, doce elegías acerca de la vida del Salvador. La multitud de sus negocios no amortiguaba la generosidad de su ánimo. Luégo que conoció á Colon, sintió el antiguo Nuncio un fuerte atractivo hácia él, y conoció que era su amigo, no creyendo ser más que su protector. Habló de su proyecto con los primeros personajes de la Corte, y sobre todo, lo comunicó al gran cardenal de España, don Pedro González de Mendoza, que era también gran canciller de Castilla, y cuya influencia poderosa le había valido el nombre de «el tercer rey de las Españas.»

(1) Fernando Colon, *Historia del Almirante*, cap. iv.

A petición del antiguo Nuncio apostólico, el gran cardenal admitió á su presencia al navegante extranjero. Más acostumbrado que el Prior de Prado á los negocios, y conociendo á los hombres á primera vista, luego que vió á Colon comprendió su superioridad. Después de haberle escuchado, le ofreció su estimación, y concibió tan elevada opinión de su persona, que sin profundizar siquiera el mérito de su plan, lo que no podía hacer inmediatamente, creyó deber hablar de él á los Reyes (1). Colon pudo finalmente obtener audiencia por su benévola mediación.

No obstante la pobreza de sus vestidos, y su acento extranjero, presentóse Colon sin vacilar y digno, aunque reverente, ante los Reyes. La severidad de su rostro, la austera gracia de su continente unidas á la noble familiaridad de su palabra, llamaron la atención de los católicos monarcas. Hubiérase dicho que era un rey disfrazado conversando con sus iguales. Es que olvidando su pobreza, penetrado enteramente de la santidad de su objeto, elevándose á la altura de su proyecto, se presentaba como el legado de la Providencia, «enviado en embajada (2),» según su frase, cerca de los más poderosos de los príncipes cristianos, y sobre todo, los más celosos por la fe, para proponerles una empresa que inmortalizaría su reinado, «sirviendo á Nuestro Señor, difundiendo su santo nombre y fe entre tantos pueblos,» que quizás no tenían aún noticia del Mesías. El glorificar al Redentor, llevar el Evangelio, la civilización á las más apartadas regiones, ser útil de esta manera á las naciones, era prepararse una corona imperecedera en la eternidad.

En este motivo religioso se fundó franca y únicamente Colon, al dirigirse á la reina de Castilla. Las ventajas políticas y comerciales de que había hecho representación á los gobiernos de Génova, Venecia y Portugal no las presentó aquí sino accesoriamente. El primer objeto del descubrimiento, libre de todo interés humano, era pues la glorificación del Redentor, la extensión de la Iglesia de Jesucristo. Esto es lo que los historiadores habían callado hasta ahora ó dejado á lo ménos en una vaga confusión.

Colon, hombre de deseo á la manera de Daniel, totalmente animado del espíritu divino, conector de la tierna piedad de la reina, y teniendo por prenda de su simpatía la benevolencia de su atención, dejó que hablara su corazón, y su elocuencia penetró el de Isabel. Desde aquel primer instante tomó indecible interés por aquel extranjero, de mirada serena, frente iluminada por el genio, y lenguaje lleno

(1) «El cardenal que lo mandava todo, le negoció audiencia con los reyes.»—Pedro de Salazar, *Crónica de el gran cardenal*, etc., lib. I, § 1, pág. 214.

(2) «Por su infinita bondad hizo á mí mensajero dello, al cual vine con el embajada á su real conspecto, movido como á los mas altos príncipes de Cristianos y que tan se ejercitaban en la fé.»—Cristóbal Colon, *Relacion del tercer viaje, dirigida desde la isla Española á los Reyes Católicos*.

de natural elevación, que á pesar de sus incorrecciones y defectos prosódicos, revelaba la superioridad, é inspiraba al par que confianza, aprecio y respeto.

Indudablemente se resintió algo el rey de esta influencia; pero su carácter frío y circunspecto, enemigo de todo apasionamiento del alma, le impidió manifestarse aún. Quiso que la ciencia inspeccionara ántes un proyecto fundado en datos científicos, y confió su exámen á una junta de sabios cuya reunión y presidencia encargó al Prior de Prado.

La comisión dada á Fernando de Talavera no era de tan fácil desempeño como pudiera creerse. Castilla no contaba en aquella época más que un corto número de cosmógrafos, y no eran muy hábiles, que digamos, según confesión de un historiador. Á falta de suficiente número de cosmógrafos, el Prior de Prado convocó teólogos.

El lugar de la docta reunión fué naturalmente Salamanca, donde la Corte pasaba el invierno aquel año. Para ayudar al Prior de Prado, se le agregó como asesor su pariente el doctor Rodrigo Maldonado de Talavera, regidor de Salamanca. La historia no nos ha conservado la fecha de esta junta memorable. No obstante, dos circunstancias particulares nos permiten determinarla muy aproximadamente. Reunióse la junta en noviembre de 1486. Los expedientes de sus sesiones redactadas imperfectamente dos años después de su fecha, no han salido todavía de los archivos de Simancas. Á falta de esos documentos, conviene á lo ménos formarse una idea del lugar y de las personas que presenciaron aquella curiosa discusión, entre la intuición del genio y la incredulidad de la rutina.

§ II.

La ciudad de Salamanca se componía de hombres dedicados á la religión y á la ciencia. Además del colegio del Rey, los de las órdenes de Calatrava y Alcántara, de las ciudades de Burgos, Oviedo, los de los Irlandeses, de los Huérfanos, San Juan, San Pelagio, San Miguel, San Pedro y San Pablo, del Monte de los Olivos, de la Cruz, Santa María, San Bartolomé, etc. etc., tenían también cada uno su escuela los Dominicos, Franciscanos, Agustinos, Benedictinos, Jerónimos, Bernardinos, Padres de la Misericordia, Trinitarios, Canónigos regulares y Carmelitas descalzos.

Estos diversos establecimientos comprendían casi todos los grados de instrucción. Concretábanse unos á la enseñanza del Latín y de las Humanidades; mientras que los otros llevaban el desarrollo de los estudios á las Ciencias naturales, al Derecho y á la Teología. En los conventos donde se profesaban estos cursos supe-